



El Gordo Iglesias: evocaciones*

Por Félix Suárez



Fotos: cortesía de Daniel Monroy

Querido Roberto, querido Gordo, disculparás esta cartita tardía. No tiene ningún propósito claro. No es un recuento de tu vida o de tus hazañas ni un análisis sesudo de tu obra. Mucho menos la sombra de un mínimo homenaje, en lo que tú decididamente no creías. Es apenas, creo yo, un esfuerzo inútil, personal y pesaroso, por arrancarle algunas imágenes dispersas al olvido, por acotar de algún modo –también inútilmente– mi desme-

moría. No tengo certeza de que estas evocaciones sean del todo fieles. Disculparás también esto, pero tú, memorioso como fuiste, sabías bien de los misterios que encierra la memoria, de su inconstancia veleidosa, pero también de ciertas imágenes a las que nos condena y que nos siguen un día sí y otro también, como famélicos perros inseparables; esos recuerdos que nos ligan a determinados sitios y momentos que le dan sentido y pertenencia a nuestras vidas.

Yo guardo, Roberto, como casi todos tus amigos, un puñado de fragmentos de esas imágenes caleidoscópicas, de esas fotos de otro tiempo, ahora desvaídas, que los años empiezan a desdibujar dentro de mí, como si se tratara de un delicado lienzo o empezaran a decolorarse, tal como si se hubieran quedado por muchos días bajo el sol. Y eso es, justamente, por más trivial que resulte, querido Gordo, lo que ha ocurrido aquí: el sol ha ido y vuelto, y ha girado una y otra vez sobre nuestras cabezas, implacable, con rotunda, con desoladora eficacia.

II

Roberto no era un toluqueño, como el resto de nosotros, viviendo en la mustia discreción y el disimulo hipócrita. Era una presencia vasta, tumultuosa, ineludible, más cercana a las realidades telúricas de esta tierra. Su personalidad tenía más afinidad con el paisaje volcánico y las montañas aledañas, que a ratos parecen inmovibles y por momentos se cubren de ciegas tempestades.

Un día, tal vez de los primeros años en los que debí haberlo tenido como maestro, lo vi en la Facultad de Humanidades, como refiere el padre Calleja de la joven sor Juana, enfrentando a sus cuarenta examinadores; lo vi, siendo él un galeón real, combatiendo contra una ridícula escuadra de chalupas. Recuerdo que un grupo de maestros, de una

* Texto leído en el evento "El Gordo Iglesias: evocaciones", en la Sala de Lectura y Escritura del CEAPE, el 7 de mayo del 2019.

facción contraria, formada con motivo de algunas elecciones internas o de alguna grilla parecida, intentaron acorralarlo en medio de un auditorio que atiborrábamos los estudiantes. Allí, luego de escucharlos, el Gordo pidió la palabra, se levantó con toda calma desde un costado del auditorio y, con un vozarrón de trueno que iba aumentando en intensidad, retó a sus ingenuos oponentes, quienes, temerosos y sorprendidos, lo conminaban a la calma... ¡Qué calma ni que nada iba a tener Roberto con esa escuálida tripulación de canoas zozobranes! Sin más, ahí mismo, les dijo que su serenidad tenía la temperatura de su sangre: 37°C a la sombra, ni más ni menos. Y nosotros, un poco menos jóvenes que él, le aplaudimos a rabiar, porque también nos galopaba y nos hervía la sangre, aun en la sombra, ante todo viso de injusticia.

III

Querido Gordo, lo cierto es que uno no tenía más alternativa que militar contigo y pelear de tu lado, porque de tu lado estaban —creíamos entonces— la justa razón y las razones suficientes para seguir siendo, a cualquier edad, irreverente, iconoclasta. Un pedazo de *cabrón* no alineado, en pocas palabras. Creo que, aparte de la enseñanza que nos dio tu obra, ésa fue la principal virtud que admiramos de ti siendo jóvenes.

Sobre esto, Roberto, hay algo que tal vez nunca te dije, pero estoy seguro de que tú sabías. Verás: uno esperaba que a los veinte años, por razones naturales y generacionales, hubiéramos ido contra todo, es decir, hubiéramos combatido y negado todo lo que se había escrito diez o veinte años antes; en otras palabras, todo lo que tú y *tunAstral* representaban. Y no fue así. No inmolamos al padre, no saqueamos su tienda, no ofendimos su lecho. Como pocas veces ocurre, debo decirlo, los jóvenes escritores de entonces, y los que vendrían después, encontramos en la figura central de esa generación a un hombre generoso, a un *compa*, dirían los chavos de ahora; un viejo joven que, con veinte o treinta años más, quería exactamente lo mismo que nosotros: cambiar la literatura toluqueña, sacudirla un poco, meterle algo de candela, cuestionar lo que los funcionarios culturales de la época creían inamovible y sagrado. Esa enseñanza tuya



fue la que hizo que no viéramos en *tunAstral* y en ti a los viejos apoltronados de la literatura, sino sólo a hermanos mayores, combatientes de las mismas batallas, marcados también por la misma soledad y la derrota, que nos infringía una ciudad que no tenía lugar ni oídos ni ojos para sus poetas.

IV

Tendría que escribir por días de lo que queda en mí de esa memoria o, mejor, de esa desmemoria de los pasados cuarenta años en los que Roberto *el Gordo* Iglesias, fue una pieza —un ariete— fundamental de la cultura de la ciudad y de gran parte del país. Sé que otros lo harán, sin duda, en algún momento, con mejor fortuna y con más tiempo...

De las contadas veces últimas que lo vi en los tres o cuatro años recientes, recuerdo la única visita que hice a su casa de Metepec, donde conocí finalmente su biblioteca de la que sólo tenía noticia por amigos comunes. Ese día intentábamos



Artes



Foto: cortesía de Margarita Monroy

grabar con él una entrevista. Lo conseguimos. De eso estoy seguro. Aunque, a decir verdad, no sé qué habrá sucedido con esa hora y media de grabación. Margarita nos recibió esa mañana invernal con pan y café caliente que me hizo adorarla; luego subimos al paraíso de sus libros: allí estaba todo, es decir, mucho de lo que nos había compartido en clase y en innumerables charlas, pero también el mundo completo de la literatura en español y en inglés, y toda, o casi toda, la literatura local. Todo lo que habría podido hacerme feliz en otro momento, pensé, mirando un estante completo de poesía norteamericana contemporánea.

V

Querido Roberto, de todos esos años que hoy muy mal recuerdo, hay una época triste para nuestras canas, las tuyas y las mías: por un lapso de al menos dos años te recuerdo en una pequeña

oficina contigua a la mía, cumpliendo horarios iguales a los míos y haciendo oficios similares a los que yo hacía; cumpliendo, en fin, instrucciones a veces absurdas, como las que yo cumplía... Para mí, querido Gordo, ocupar mis días en eso era y es normal. Digamos que no he tenido empacho en hacerlo hasta hoy y que, incluso, con el tiempo, he encontrado cierta complacencia en ello. Pero para alguien como tú, que había sobrevolado siempre con absoluta dignidad y desprecio esos oscuros subterráneos de la burocracia, debía ser, sin duda, doloroso, si no humillante —al menos así lo creía por entonces—. Por supuesto, todo eso me hacía pensar que algo en la realidad no estaba bien, que algo se había descoyuntado en alguna parte. Y no podía ser de otro modo, cuando veía que alguien como tú, al que admirábamos por su espíritu libre y combativo, cumplía dócilmente obligaciones tristes como el resto de nosotros, condenados a ello por la necesidad o la costumbre.

Sin embargo, quiero que sepas que la historia no terminó ahí; gracias a esas lecciones de entereza entendí, aunque tarde, otras cosas aún más importantes, como que el espíritu, aun el de un gladiador como tú, puede sobrevivir a ciertas pruebas y mantenerse intacto, entero, digno. Y aprendí cómo se puede ennoblecer en la actitud propia el trabajo, incluso el más desesperanzador...

Roberto, dejo hasta aquí esta cartita. Ignoro si en otra parte haya tiempo para decirte algunas cosas más, pero, si no, tampoco importa. Fue suficiente tu amistad y tu ejemplo.



Félix Suárez es poeta, ensayista y editor del Estado de México. Egresado de la Licenciatura en Letras Españolas de la UAEM, estudió la Maestría en Humanidades en la Universidad Anáhuac y el doctorado en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana. Su obra se encuentra incluida en más de una veintena de antologías colectivas, así como en revistas y suplementos literarios del país y del extranjero. Obtuvo el Premio Internacional de Poesía "Jaime Sabines" 1997, y el Premio Nacional de Literatura "José Fuentes Mares" 2017, entre muchos otros.